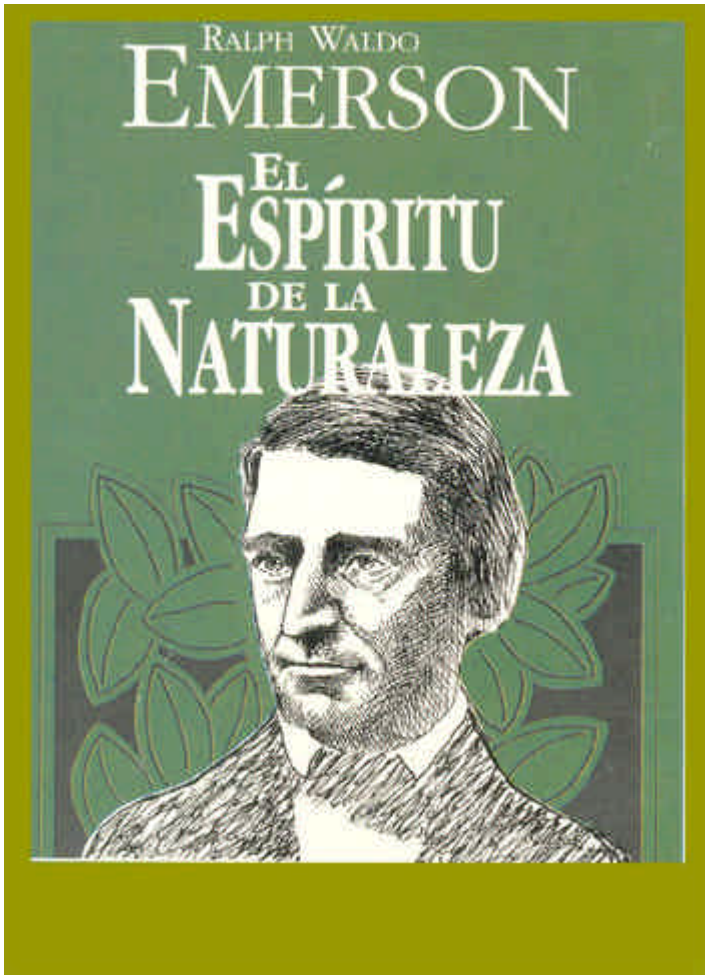
LIBRO dot.com

EL ESPIRITU DE LA NATURALEZA

RALPH W. EMERSON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I
Naturaleza

Nuestra era es retrospectiva. Construye los sepulcros de los antepasados. Escribe biografías, historias y críticas. Las generaciones anteriores miraban cara a cara a Dios y a la naturaleza; nosotros lo hacemos a través de sus ojos. ¿Por qué no habríamos de entablar también nosotros una relación original con el universo? ¿Por qué no habríamos de tener una poesía y una filosofia que sean fruto de nuestra propia visión y no de la tradición, y una realidad que nos sea revelada a nosotros, en lugar de ser la historia de la revelada a ellos? Cobijados por un tiempo en la naturaleza, cuyas corrientes de vida nos circundan y atraviesan, y merced a los poderes que nos confieren, nos incitan a realizar acciones conmensurables con ella, ¿por qué avanzar a tientas entre los huesos resecos del pasado y convertir a la generación viviente en un desfile de máscaras con su descolorido vestuario? El sol brilla también hoy. Hay en los campos más lana y más lino. Hay nuevas tierras, nuevos hombres, nuevas ideas. Demandemos nuestr as propias obras y leyes y cultos.

*

Ciertamente, todas nuestras preguntas tienen respuesta. Debemos confiar en la perfección de lo creado y saber que, sea cual fuere la curiosidad que el orden de las cosas despierte en nuestra mente, el orden de las cosas podrá satisfacerla. La situación de cada hombre es una solución en jeroglíficos, a los interrogantes que él mismo formularía. La realiza como vida, antes de aprehenderla como verdad. De manera análoga, en sus formas y tendencias, la naturaleza ya está describiendo su propio destino. Interroguemos a esa gran aparición que tan plácidamente resplandece en torno de nosotros. Indaguemos, ¿con qué fin existe la naturaleza?

*

La ciencia toda tiene como único objetivo encontrar una teoría de la naturaleza. Poseemos teorías acerca de las razas y de las funciones, pero apenas una remota idea de lo que es la creación. Estamos hoy tan lejos del camino de la verdad, que los maestros de distintas religiones se traban en disputa y se odian unos a otros, y a los pensadores se los tilda de insensatos y frívolos. Pero para el buen discernimiento, la más abstracta de las verdades es la más práctica. Cada vez que aparece una teoría auténtica, ella es su propia evidencia, y lo que la pone a prueba es que explica todos los fenómenos. En la actualidad, muchos de ellos se estiman no sólo inexplicados sino inexplicables; tal lo que ocurre con el lenguaje, el reposo nocturno, la locura, los sueños, los animales, el sexo.

*

Filosóficamente considerado, el universo se compone de la naturaleza y el alma. Por lo tanto, hablando con propiedad, todo lo que es distinto de nosotros, todo lo que la filosofía distingue como NO YO', o sea, la naturaleza y el arte, el resto de los hombres y mi propio cuerpo, debe ser clasificado bajo este rótulo: NATURALEZA. Al enumerar los valores de la naturaleza y obtener su sumatoria, utilizaré la palabra en ambos sentidos: en su sentido corriente y en el filosófico. En indagaciones tan generales como la que nos ocupa, la inexactitud no es sustancial; no habrá confusión de ideas. Naturaleza, en el sentido corriente, se refiere a las esencias no modificadas por el hombre: el espacio, el aire, el río, la hoja del árbol. Arte se aplica a la mezcla de voluntad del hombre con esas mismas cosas, como se da en una casa, un canal, una estatua, un cuadro. Pero, tomadas en conjunto, las operaciones del hombre son tan insignificantes -desbastar un poco, hornear, emperchar, lavar un poco- que, en una impresión tan grandiosa cual la que deja el mundo en la mente humana, el resultado no cambia.

*

Para estar en soledad, un hombre necesita apartarse tanto de la sociedad como de su propio cuarto. Yo no estoy a solas cuando leo y escribo, aunque nadie esté conmigo. Si el hombre ha de estar solo, que mire las estrellas. Los rayos que vienen de esos mundos celestiales se interpondrán entre él y lo que toca. Se diría que la atmósfera ha sido hecha transparente con esta intención: brindar al hombre, en los cuerpos celestes, la presencia perpetua de lo sublime. Vistos los astros desde las calles de la ciudad, ¡cuánta es su grandeza! Si las estrellas aparecieran una noche en mil años, ¡cómo creerían en ellas los hombres y las adorarían, y preservarían por muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que les fue mostrada! Sin embargo, estos emisarios de la belleza llegan noche tras noche y alumbran el universo con su sonrisa admonitoria.

*

Los astros despiertan cierta reverencia, pues aunque siempre están presentes, son inaccesibles; mas todos los objetos naturales ejercen análoga impresión cuando la mente está abierta a su influjo. La naturaleza nunca muestra una apariencia vulgar. Ni el más sabio de los hombres puede arrancarle su secreto ni es capaz de calmar su curiosidad descubriendo toda su perfección. Para los espíritus sabios, la naturaleza jamás fue un juguete; las flores, los animales, las montañas reflejaron la sabiduría de sus mejores años, tal como habían deleitado la simplicidad de su niñez.

*

Cuando hablamos de la naturaleza, de este modo, pensarnos en un sentido peculiar (le esa palabra, altamente poético. Querernos significar la impresión global que causan los múltiples objetos naturales. Esto es lo que distingue al árbol del poeta, de la madera que tiene ante sí el leñador. El encantador paisaje que contemplé esta mañana está compuesto fehacientemente de unas veinte o treinta fincas. Está el campo de Miller, el de Locke, y más allá las tierras arboladas de Manning. Pero ninguno de ellos posee el paisaje. Hay una cualidad en el horizonte, de la que ningún hombre es dueño; sólo lo es aquel cuya visión puede integrar todas las partes, vale decir, el poeta. Es lo mejor de las fincas de esos hombres y, sin embargo, sus títulos de propiedad no les dan derecho sobre ello.

*

Para ser francos, pocos adultos son capaces de ver la naturaleza. La mayoría de las personas no ve el sol. Al menos, tiene una visión muy superficial de él. El sol ilumina únicamente el ojo del hombre, pero resplandece en cambio en el ojo y en el corazón del niño. El amante de la naturaleza es aquel cuyos sentidos interiores y exteriores aún siguen amoldados verdaderamente el uno al otro; aquel que ha conservado en su madurez el espíritu de la infancia. Su comercio con el cielo y con la tierra se vuelve parte de su diario sustento. Pese a sus reales tribulaciones, en presencia de la naturaleza, lo recorre un salvaje deleite. La naturaleza dice: He aquí mi criatura, y a pesar de sus impertinentes aflicciones, conmigo estará contenta. No sólo el sol y el verano, sino cada hora y cada estación del año rinden su tributo de goce; pues cada hora y cada cambio, desde el sofocante mediodía hasta la noche tenebrosa, corresponden a un distinto estado mental y lo avalan. La naturaleza es un escenario que se adapta igualmente bien para una pieza cómica o trágica. Cuando uno está sano, el aire es un licor de increíbles virtudes. Cruzando sobre la nieve fresca un campo despoblado, bajo un cielo nuboso y crepuscular, y sin que me viniera a la mente ningún augurio particularmente bueno, sentí una exaltación perfecta, un contento lindante con el temor.

*

En el bosque, un hombre también se desprende de sus años, como una serpiente de su piel, y en cualquier etapa de su vida es siempre un niño. En los bosques esta la perpetua juventud. En esas plantaciones de Dios reinan la santidad y el decoro, lucen las galas y atavíos de un festival perenne, y el visitante no ve cómo podría cansarse de todo ello ni en mil años. En el bosque retornamos a la razón y a la fe. Allí siento que nada habrá de acontecerme en la vida -ninguna desgracia, ninguna calamidad (que no dañe mi vista)- sin que la naturaleza pueda subsanarlo. De pie sobre la tierra desnuda, bañada mi frente por el aire leve y erguido hacia el espacio infinito, todo mezquino egoísmo se diluye. Me convierto en un globo ocular transparente; nada soy: lo veo todo; las corrientes del Ser Universal me circulan; soy una porción de Dios. El nombre cíe mi amigo más íntimo me suena entonces extraño y accidental; ser hermanos, ser conocidos, ser amo o ser sirviente es una minucia y una molestia. Soy el amante de una belleza incontenible e inmortal. En los lugares silvestres, encuentro algo más caro y próximo a mí que en las calles o poblados. En el paisaje tranquilo

y, especialmente, en la lejana línea del horizonte, el hombre contempla algo tan hermoso como su propia naturaleza.

*

El mayor deleite que los campos y los bosques comunican es la sugerencia de una oculta relación entre el hombre y los vegetales. No estoy solo ni ignorado. Me hacen señales y yo les contesto. El balanceo de las ramas en medio de la tormenta es para mí nuevo y antiguo. Me toma por sorpresa y, sin embargo, no me es desconocido. Su efecto es semejante al del alto pensamiento o la emoción sublime que me invaden cuando juzgo que estoy razonando con acierto o que estoy obrando rectamente.

*

Pero el poder de producir este encanto no reside en la naturaleza, sin duda, sino en el Nombre o en la armonía de ambos. Es menester hacer uso de estos placeres con gran moderación; pues la naturaleza no siempre se disfraza con atuendo de fiesta, y la misma escena que ayer perfumaba y relucía como para que danzaran las ninfas, hoy está sumida en la melancolía. La naturaleza tiene siempre los colores del espíritu. Para un hombre agobiado por la calamidad, el calor de su propia fogata es en sí mismo triste. Hay también una especie de desprecio del paisaje, que siente aquel que acaba de perder a un amigo querido. El cielo no es entonces tan vasto ni tan valiosa la población sobre la cual se extiende.

II
Bienes materiales

Quienquiera que examine la causa final del mundo discernirá una multitud de usos que entran a formar parte de ese resultado. Todos ellos admiten ser incorporados a algunas de las siguientes clases: bienes materiales, belleza, lenguaje y disciplina.

*

Bajo el nombre general de bienes materiales, incluyo todas esas ventajas que condensa en lluvia; la lluvia nutre a la planta; la planta nutre al animal; y así la circulación interminable de la caridad divina alimenta al hombre.

*

Las artes prácticas son reproducciones o nuevas combinaciones creadas por el ingenio del hombre, de los mismos benefactores naturales. Este ya no precisa esperar las brisas

favorables: merced a la máquina de vapor, hace realidad la fábula del saco de Eolo y transporta a los doscientos treinta vientos en la caldera de su barco. Para reducir la fricción, pavimenta el camino con barras de hierro, y subiendo a un vagón cargado cíe hombres, animales y mercaderías se lanza a recorrer el país de pueblo en pueblo, como un águila o una golondrina por el aire.

La suma de estos aportes ¡cómo ha cambiado la faz de la Tierra desde la era de Noé hasta la de Napoleón! Al hombre pobre le son construidos ciudades, buques, canales, puentes. Va al correo, y la raza humana lleva sus recados; a la librería, y la raza humana lee y escribe para él acerca de todo lo que sucede; a los tribunales, y las naciones reparan sus agravios personales. Levanta su casa en el camino, y la raza humana va todas las mañanas, pala en mano, a sacar la nieve para abrirle paso.

III
Belleza

La naturaleza sirve a otra necesidad del hombre aun más noble: el amor a la belleza.

*

Los antiguos griegos llamaban al mundo kosmos, belleza. La constitución de todas las cosas, o el poder plástico del ojo humano son tales, que las formas primordiales como el cielo, la montaña, el árbol, el animal nos provocan deleite en y por sí mismas, un goce que surge de su perfil, color, movimiento y manera de agruparlas. Esto parece deberse en parte al ojo mismo, que es el mejor de los artistas. Mediante la acción recíproca de su estructura y de las leyes de la luz, se produce la perspectiva, que integra cada masa de objetos -cualquiera que sea su carácter en un colorido y bien sombreado globo, de tal modo que allí donde los objetos individuales son vulgares y anodinos, el paisaje que ellos componen es acabado y simétrico. Y así como el ojo es el mejor de los compositores, la luz es la primera entre los pintores. No hay objeto tan execrable que no se vuelva hermoso bajo la luz intensa. Y el estímulo que esta ofrece a los sentidos, y una suerte de infinitud que posee, como el espacio y el tiempo, hace que toda la materia se alboroce. Hasta un cadáver tiene su peculiar belleza. Pero aparte de esta gracia general difundida por la naturaleza, casi todas y cada una de las formas son agradables a los ojos, como lo prueban nuestras interminables imitaciones de algunas de ellas: la bellota, la uva, la piña, la espiga de trigo, el huevo, las alas y el cuerpo de la mayoría de los pájaros, la garra de león, la serpiente, la mariposa, las conchas marinas, las llamas, las nubes, los capullos, las hojas y las formas de numerosos árboles, como la palmera.

*

Para un mejor examen, podemos distribuir en tres partes los aspectos de la belleza:

*

1. En primer lugar, la mera percepción de las formas naturales es un goce. Tanto necesita el hombre el influjo de las formas y acciones de la naturaleza que, en sus funciones inferiores, parece yacer dentro de los confines de los bienes materiales y de la belleza. Al cuerpo y la mente viciados por una tarea o una compañía perniciosas, la naturaleza los cura y les devuelve su temple. El comerciante o el letrado que se aparta del estrépito y el tumulto de las calles y mira el cielo y los bosques, vuelve a ser un hombre. En su calina eterna, se re-encuentra consigo mismo. El ojo parece exigir para su salud un horizonte. Nunca nos cansamos mientras podemos mirar bastante lejos.

*

Pero en otras horas, la naturaleza satisface con su solo encanto, sin mezcla alguna de beneficio corpóreo. Contemplo desde la cumbre de la colina que se halla por detrás de mi casa, el espectáculo del amanecer, desde el alba hasta la salida del sol, y siento lo que un ángel sentiría. Las largas, esbeltas franjas de nubes flotan como peces en el mar de luz purpúrea. Desde la tierra, como desde una playa, miro ese mar silente. Me imagino participando de sus rápidas transformaciones; el activo encantamiento toca mi polvo, y yo me dilato e inspiro, al unísono con la brisa matinal. ¡Cómo nos diviniza la naturaleza, con unos pocos y baratos elementos! Dadme la salud y el día, y toda la pompa de los emperadores se me tornará ridícula. La aurora es mi Asiria, el crepúsculo y el claro de luna son mi Pafos e inimaginables reinos de fantasía; el ancho mediodía será mi Inglaterra de los sentidos y del entendimiento; la noche, mi Alemania de la filosofía mística y los sueños.

*

No menos excelso -salvo por el hecho de que nuestra susceptibilidad es menor en la tarde- fue el delicioso crepúsculo de ayer. En el poniente, las nubes se dividían y volvían a dividirse en copos rosados con tintes de indecible tersura, y el aire de enero era tan vivo y suave que entrar en la casa producía pesar. ¿Qué es lo que quería decirnos la naturaleza? ¿Acaso no tenía ningún significado el vívido reposo del valle tras el molino, que ni Homero ni Shakespeare habrían podido recrear en palabras para mí? Los deshojados árboles se vuelven llameantes espirales en el ocaso, sobre el telón de fondo del Este azulado, y las estrellas de los muertos cálices de las flores, y cada tallo marchito y cada rastrojo escarchado aportan algo a la callada música.

*

Los habitantes de las ciudades suponen que el paisaje de la campiña sólo es amable la mitad del año. Yo me complazco con la gracia de la escena invernal y creo que nos llega tanto como las influencias cordiales del verano. Para el ojo atento, cada momento del año tiene su propia belleza, y en un mismo lugar de la campiña contempla hora tras hora un

cuadro que no se vio jamás y que jamás se volverá a ver. Los cielos cambian a cada instante y reflejan su gloria o su desdicha en las planicies de abajo. De una semana a otra, el estado de los cultivos en las granjas vecinas altera la expresión de la tierra. La sucesión de las plantas autóctonas en los pastizales y caminos, silencioso reloj mediante el cual el tiempo marca las horas estivales, haría perceptible hasta las divisiones del día, a un fino observador. Bandadas de pájaros e insectos, puntuales como las plantas, se siguen unas a otras, y el año da cabida a todos. En las corrientes de agua, la variedad es mayor aún. En julio, en los bajíos de nuestro amable río, florecen en grandes lechos las pontederias azules, y bullen con enjambres de mariposas amarillas en continuo movimiento. El arte no puede rivalizar con esta pompa de carmín y de oro. El río está, en verdad, perpetuamente engalanado, y alardea cada mes con un nuevo adorno.

*

Pero esta belleza cíe la naturaleza que se ve y siente como tal es su mínima parte. Los espectáculos del día, el rocío matinal, el arco iris, las montañas, huertos floridos, estrellas, el claro de luna, las sombras en el agua quieta y así sucesivamente, si se los persigue con demasiado ahínco, se vuelven meros espectáculos y se mofan de nosotros con su irrealidad. Salid de vuestra casa para ver la luna, y no es más que oropel; no os resultará tan grata como cuando su luz alumbra vuestro viaje indispensable. ¿Quién puede atrapar la temblorosa belleza de las tardes gualdas de octubre? Id a buscarla, y se ha ido; es sólo un espejismo que miráis desde las ventanillas de la diligencia.

*

2. La presencia de un elemento superior, a saber, el elemento espiritual, es esencial para su perfección. La egregia, divina belleza que puede ser amada sin languidecimiento es aquella que se encuentra combinada con la humana voluntad. La belleza es el sello que Dios pone a la virtud. Toda acción natural es agraciada; lo es también todo acto heroico, que hace resplandecer al lugar y a los circunstantes. Las grandes acciones nos enseñan que el universo es propiedad de todos y cada uno de los individuos que en él habitan. Cada ser racional tiene por dote y heredad a la naturaleza entera. Es suya, si así lo desea. Puede deshacerse de ella, huir a algún rincón y abdicar su reino, como lo hace la mayoría de los hombres, pero su propia constitución le confiere derechos intrínsecos al mundo, y llevará a este en su interior en proporción a la energía de su pensamiento y de su voluntad. "Todas las cosas por las que los hombres aran, construyen o navegan obedecen a la virtud", decía Salustio. Y Gibbon: - Los vientos y las olas acompañan siempre a los más hábiles marinos. Lo mismo ocurre con el sol y la luna y todas las estrellas. Cuando se lleva a cabo un acto noble -tal vez, por azar, en un escenario de gran belleza natural-; cuando Leónidas y sus trescientos mártires tardan un día entero en morir, y primero el sol y luego la luna vienen a verlos en el empinado desfiladero de las Termópilas; cuando Arnold Winkelried, en los altos Alpes, bajo la sombra del alud, abraza a su costado un haz de lanzas austríacas para abrir paso a sus camaradas, ¿no tienen derecho estos héroes, a añadir la belleza del lugar a la de la hazaña? Cuando la carabela de Colón se aproxima a las costas de América -por delante, los indios que salen de sus chozas cíe juncos y se agolpan en la playa; por detrás, el mar; a ambos lados, las montañas rojizas del archipiélago de las Bahamas-, ¿cabe separar al hombre del cuadro

viviente? ¿No esta revestido Colón por las formas del Nuevo Mundo, con sus filas de palmeras y sus sabanas como justo decorado? La belleza natural siempre se filtra furtiva como el aire, y envuelve las grandes acciones. Cuando Sir Harry Vane era arrastrado en un trineo por las laderas de Tower Hill, para morir corno defensor de las leyes inglesas, alguien gritó en la multitud: "Jamás te sentasteis en trono mas glorioso!".j Para intimidar a los londinenses, Carlos II ordenó que al patriota Lord Russell' se lo paseara, en su camino al patíbulo, por las calles principales de la ciudad y a la vista cíe todos. Pero", agrega su biógrafo, "la muchedumbre imaginaba ver sentadas a su lado a la libertad y a la virtud'. En la vida privada, un acto verdadero o heroico realizado en medio de sórdidos objetos parece atraer hacia sí, (le inmediato, como templo al cielo y como cirio al sol. La naturaleza extiende sus brazos para acoger al hombre, con sólo que los pensamientos de este tengan su misma grandeza. De buen grado le sigue ella los pasos con la rosa y la violeta, y cede sus majestuosas y graciosas líneas para adornar a su hijo bienamado. Basta que los pensamientos de este tengan su misma vastedad, y el marco se amoldará a la tela. Un hombre virtuoso vive al unísono con las obras de la naturaleza y se convierte en la figura central de la esfera visible. Hornero, Píndaro, Sócrates, Foción, se asocian apropiadamente en nuestra memoria, con la geografía y el clima de Grecia. Los cielos y la tierra visibles congenian con Jesús, y en la vida corriente, quienquiera que haya visto a una persona de férrea voluntad y feliz talante habrá advertido qué prontamente arrastra consigo todas las cosas -los seres humanos, las opiniones, la época- y la naturaleza pasa a estarle subordinada.

*

3. Queda aún otro aspecto bajo el cual puede visualizarse la belleza del mundo: cuando se transforma en un objeto del intelecto. Además de la relación que mantienen con la virtud, las cosas se relacionan también con el pensamiento. El intelecto persigue el orden absoluto de las cosas tal como estas residen en el espíritu de Dios, desprovistas de coloraciones afectivas. Las facultades intelectual y activa parecen sucederse una a la otra, y la acción exclusiva de una genera la acción exclusiva de la otra. Hay en ambas, algo mutuamente hostil, pero son como los períodos alternados de alimentación y trabajo en los animales; cada cual es una preparación para el otro y será seguido por este. Así pues, la belleza que, con respecto a las acciones viene, como hemos visto, sin que se la busque -y viene porque no se la busca-, queda a merced de la aprehensión del intelecto, y luego, a su turno, del poder activo. Nada divino muere. Todo lo bueno se reproduce eternamente. La belleza de la naturaleza vuelve a plasmarse en la mente y no para la contemplación estéril, sino para una nueva creación.

*

La faz del mundo impresiona en alguna medida a todos los hombres; a algunos, hasta el deleite. Este amor por la belleza es el buen gusto. Hay quienes sienten ese mismo amor con tanto exceso que, no satisfechos con admirar, procuran encarnarlo en nuevas formas. La creación de belleza es el arte.

*

Librodot

La producción de una obra de arte echa alguna luz sobre el misterio de la humanidad. Una obra de arte es una síntesis o epítome del mundo. Es, en miniatura, el resultado o expresión de la naturaleza; pues aunque las obras de la naturaleza son innumerables y todas distintas entre sí, el resultado o expresión de todas ellas es similar y único. La naturaleza es un mar de formas fundamentalmente semejantes y hasta unitarias. Una hoja, un rayo de sol, un paisaje, el océano ejercen un efecto análogo sobre el espíritu. Lo común a todos ellos, esa perfección y armonía, es la belleza. El patrón de la belleza esta dado por el circuito entero de formas naturales, por la totalidad de la naturaleza; los italianos expresaron esto al definir a la belleza como "il piú nell'uno" [lo múltiple en lo uno]. Nada es, por sí solo, cabalmente hermoso; lo hermoso sólo lo es dentro del conjunto. Un objeto cualquiera es hermoso únicamente en la medida en que sugiere esta gracia universal. El poeta, el pintor, el escultor, el músico, el arquitecto procuran concentrar esta radiación del mundo en un solo punto, y en sus diversos trabajos cada cual trata de satisfacer el amor a la belleza que lo estimula a crear. El arte es, así, una naturaleza pasada a través del alambique del hombre; en el arte, la naturaleza opera a través de la voluntad de un hombre colmado de la belleza de las obras primeras de aquella.

*

El mundo existe, por lo tanto, para el alma, con el fin de satisfacer el anhelo de belleza. A este elemento lo llamo un fin último. Con respecto al motivo por el cual el alma busca la belleza, nada se puede indagar ni responder. En su sentido más amplio y profundo, la belleza es una de las expresiones del universo. Dios es la suma justicia; la verdad, la bondad y la belleza son diferentes rostros de esa misma totalidad. Pero la belleza de la naturaleza no es un fin último. Es el heraldo de una belleza interior y eterna, y en sí misma no constituye un bien sólido y saciante. Debe entendérsela como una parte de la naturaleza, pero no como la expresión última o suprema de su causa final.

IV
Lenguaje

El lenguaje es el tercer uso que la naturaleza pone a disposición del hombre. La naturaleza es el vehículo del pensamiento, y ello en simple, doble y triple grado.

*

1. Las palabras son signos de fenómenos naturales.
2. Fenómenos naturales particulares son símbolos de fenómenos espirituales particulares.
3. La naturaleza es el símbolo del espíritu.

*

1. Las palabras son signos de fenómenos naturales. El recurrir a la historia natural ha de ayudarnos en la historia sobrenatural; el recurrir a la creación exterior nos dará un lenguaje para las entidades y transformaciones de la creación interior. Si se busca la raíz de todas las palabras utilizadas para expresar un hecho moral o intelectual, se comprobará que han sido tomadas de alguna manifestación natural. "Correcto" [right] significa "recto, derecho" [straight]; "Equivocado" significa "retorcido". "Espíritu" es esencialmente "soplo, viento"; "transgresión" es "el cruce de una línea"; "altanería" es " la elevación de las cejas". Decimos "el corazón" para expresar la emoción, " la cabeza" para denotar el pensamiento; y "pensamiento" y "emoción" son palabras tomadas de cosas sensibles y atribuidas a la naturaleza espiritual. El proceso por el cual se cumple esta transformación ha quedado en su mayor parte oculto para nosotros en los remotos tiempos en que se conformó el lenguaje; pero la misma tendencia puede observarse diariamente en los niños. Los niños y los salvajes usan sólo sustantivos o nombres, que convierten en verbos y aplican a actos mentales análogos a esas mismas cosas.

*

2. Pero este origen de todas las voces que transmiten un significado espiritual, hecho tan conspicuo cíe la historia de las lenguas, es la menor de las deudas que tenemos con la naturaleza. No sólo las palabras son emblemáticas: las cosas mismas lo son. Cada fenómeno natural es un símbolo de un fenómeno espiritual. Cada manifestación de la naturaleza corresponde a un estado de la mente, y a este último sólo es posible describirlo presentando como su imagen esa manifestación natural. Un hombre estará furioso como un león o será astuto como un zorro o firme como una roca; un hombre sabio es una antorcha encendida. El cordero es la inocencia; la víbora, la insidiosa inquina; las flores expresan para nosotros, la delicadeza. Luz y tinieblas son nuestra forma habitual cae referirnos al saber y a la ignorancia; el ardor, nuestra expresión usual de la pasión amorosa. La distancia que divisamos detrás

de nosotros y la que divisamos delante son, respectivamente, las imágenes de nuestro recuerdo y de nuestra esperanza.

*

¿Quién, mirando meditabundo la corriente de un río, no rememora el fluir de todas las cosas? Arrojad a ella una piedra, y los círculos que se propagan son el hermoso modelo de toda influencia. El hombre es consciente de un alma universal que está dentro o por detrás de su vida individual, donde las esencias de la justicia, la Verdad, el Amor, la Libertad surgen y brillan como en un firmamento. A esta Alma Universal -que no es mía, ni vuestra, ni de aquel otro, sino que nosotros somos de ella, somos su propiedad y sus huestes- él la llama Razón. Y el cielo azul en que la tierra de cada cual está enterrada, el cielo con su calma eterna y sus orbes perpetuos, es el modelo de la Razón. Aquello que, intelectualmente considerado, llamamos Razón, si se lo considera en relación con la naturaleza lo llamamos Espíritu. El Espíritu es el Creador. El Espíritu porta consigo la vida. Y en todas las épocas y países, el hombre lo ha incorporado a su lenguaje como el Padre.

*

Librodot

Se echa de ver fácilmente que estas analogías nada tienen de feliz o caprichoso, sino que son constantes e impregnan a la naturaleza. No son sueños de unos pocos poetas, dispersos aquí y allí, sino que el hombre es un analogista y estudia las relaciones en todos los objetos. Ubicado en el centro de los seres, un rayo de relación lo une con todos ellos. Y no es posible comprender al hombre sin estos objetos ni a estos objetos sin el hombre. Tomado en sí mismo, ningún fenómeno de la historia natural tiene valor, es estéril como un solo sexo; pero casadlo con la historia humana, y se llenará de vida. Floras enteras, todos los volúmenes de Linneo y de Buffon, son áridos catálogos de hechos naturales; pero el más trivial de estos hechos, las costumbres de una planta, los órganos de un insecto o el trabajo que realiza o el ruido que emite, empleados para ilustrar un hecho de la filosofía intelectual o de algún modo asociados con la naturaleza humana, nos afectan de una manera intensa y gratificante. La semilla de una planta... ¡a qué conmovedoras analogías con la naturaleza del hombre ha dado lugar ese pequeño fruto en todo tipo de discursos, hasta llegar a la voz de Pablo, quien compara el cadáver del hombre con una semilla: "Se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual"!' El movimiento de la Tierra sobre su eje y alrededor del sol da origen al día y al año; estas son cantidades ciertas de luz y calor elementales; pero, ¿no hay acaso la intención de una analogía entre la vida del hombre y las estaciones? ¿Y no extraen las estaciones grandeza o pathos de esa analogía? Los instintos de la hormiga tienen bastante poca importancia considerados como cosa de la hormiga; pero en cuanto un rayo de relación parte de ella y alcanza al hombre, la pequeña esclava es vista como una instructora de cuerpo pequeño y gran corazón, y todos sus Hábitos (incluso aquel que, según se dice, fue descubierto recientemente: el de que nunca duerme) se vuelven sublimes.

*

A causa de esta radical correspondencia entre las cosas visibles y los pensamientos humanos, los salvajes, que sólo tienen lo que es necesario tener, conversan mediante figuras. A medida que nos remontamos en la edades de la historia, el lenguaje se torna más pictórico, hasta que al llegar a su infancia es poesía total, o sea que todos los hechos espirituales son representados por símbolos naturales. Se comprueba que los mismos símbolos componen los elementos primitivos de todas las lenguas. Se ha observado, además, que las expresiones idiomáticas de todas las lenguas se aproximan unas a otras en los pasajes (le mayor fuerza y elocuencia. Y así como es la primera lengua, es también la última. Esta dependencia directa entre el lenguaje y la naturaleza, esta conversión de un fenómeno externo en un modelo de algo vinculado con la vida humana, nunca pierde la capacidad de conmovernos. Es esto lo que da a la platica de un vigoroso granjero o leñador ese cautivante atractivo que todos saborean.

*

El poder de un hombre para ligar cada uno de sus pensamientos con su símbolo apropiado y entonces proferirlo, depende de la simplicidad de su carácter, vale decir, de su amor a la verdad y de su anhelo de comunicarla sin menoscabo. A la corrupción del hombre le sigue la corrupción del lenguaje. Cuando la simplicidad del carácter y la soberanía de las ideas son quebradas por el predominio de deseos secundarios -el deseo de riquezas, de placeres, de poderío, de fama-, y la duplicidad y la falsedad toman el lugar de la simplicidad y la verdad,

el poder adquirido sobre la naturaleza como intérprete de la voluntad se pierde en cierto grado; dejan de crearse nuevas imágenes, y las antiguas palabras son pervertidas para representar cosas que no lo han sido; se recurre a un papel moneda, aunque no hay lingotes que lo respalden en las arcas públicas. A su debido tiempo, el fraude se torna manifiesto, y las palabras pierden toda su facultad de estimular el entendimiento o las emociones. En toda nación civilizada mucho tiempo atrás, pueden encontrarse centenares de escritores que durante un breve lapso crean y hacen creer a otros que contemplan y enuncian verdades, cuando en realidad, no visten por sí mismos a un solo pensamiento con sus ropajes naturales, sino que se alimentan inconscientemente del lenguaje creado por los escritores primordiales del país, a saber, aquellos que se atienen fundamentalmente a la naturaleza.

*

Pero los hombres sabios se abren paso a través de esta dicción putrefacta y vuelven a enlazar las palabras con las cosas visibles; de modo tal que un lenguaje figurativo es de inmediato una convincente garantía de que quien lo emplea ha establecido una alianza con la verdad y con Dios. Cuando nuestro discurso se eleva por encuna de lo conocido y se inflama con la pasión o se exalta con el pensamiento, se inviste en imágenes. Si el hombre que dialoga seriamente presta atención a sus procesos intelectuales, descubrirá que una imagen material más o menos luminosa surge en su mente junto con cada pensamiento, y le proporciona su vestidura. Por eso, la buena literatura y la oratoria brillante son perpetuas alegorías. Y estas imágenes son espontáneas: son la fusión ele la experiencia con la acción actual de la mente. Es, hablando con propiedad, una creación, la actividad de la Causa Original a través de los instrumentos que el hombre ya ha forjado.

*

Estos hechos pueden sugerir las ventajas que para una mente poderosa posee la vida de campo respecto de la vida artificial y opresiva de las ciudades. La naturaleza nos enseña más cosas de las que podemos transmitir a voluntad. Su luz penetra para siempre en el espíritu, y olvidarnos su presencia. El poeta o el orador criado en los bosques, cuyos sentidos se nutrieron año tras año, de sus ecuánimes y apaciguadores cambios, sin que él se lo propusiera ni les prestara atención, no echará en saco roto esas enseñanzas cuando esté en medio del estrépito de las ciudades o de los pleitos políticos. Mucho tiempo después, sacudido entre la agitación y el terror en las asambleas nacionales -en la hora de la revolución-, reaparecerán ante él esas imágenes solemnes en su brillo matinal, como símbolos y palabras adecuados para las ideas que los acontecimientos del momento han despertado. Al llamado de un noble sentimiento, vuelven a ondear las ramas, a murmurar los pinos, a correr las aguas centelleantes del río, a mugir el ganado en los montes, tal como lo vio y oyó en su infancia. Y junto con esas formas, son puestos en sus manos los hechizos de la persuasión, las llaves del poder.

*

3. De esta manera, los objetos naturales nos asisten en la expresión de significados particulares. Pero, ¡qué lenguaje gigantesco para transmitir esas minúsculas informaciones!

Librodot

¿Necesitaba él estas nobles razas, esta profusión de formas, esta plétora de orbes en el cielo, para dotar al hombre del diccionario y la gramática de su idioma comunitario? Al usar este gran código para despachar nuestros asuntos de entrecana, sentimos que no le hemos dado aún el destino que merece ni somos capaces cíe dárselo. Nos asemejamos a viajeros que cuecen huevos en las cenizas de un volcán. Vemos al lenguaje, siempre pronto a investir lo que queremos comunicar, y al mismo tiempo no podemos evitar preguntarnos si los caracteres no serán significativos en sí mismos. Las montañas, las olas del mar, el cielo ¿no tienen ningún otro significado que el que deliberadamente les damos cuando los empleamos como emblemas de nuestro pensamiento? El mundo es emblemático. Las partes de la oración son metáforas porque la naturaleza toda es una metáfora de la mente humana. Las leyes de la naturaleza moral responden a las de la materia, como un rostro al otro en el espejo. "El mundo visible y la relación que guardan sus partes son el cuadrante en que se estampa lo invisible".` Los axiomas de la física traducen las leyes de la ética: "El todo es mayor que sus partes", "La reacción es igual a la acción", "Un objeto de menor peso puede elevar a otro de mayor peso, siendo la diferencia compensada mediante el tiempo", y muchas proposiciones similares tienen un sentido ético a la vez que físico. El sentido de estas proposiciones es mucho más amplio y universal, cuando se lo aplica a la vida humana y no cuando se lo limita al uso técnico.

*

Análogamente, las frases históricas memorables y los proverbios de los pueblos consisten, por lo general, en un fenómeno natural tomado como imagen o parábola de una verdad moral. Así, tenemos: "Piedra que rueda no junta musgo"; "Más vale pájaro en mano que ciento volando"; "Un rengo por buen camino llega antes que un atleta por el camino errado"; "Al hierro hay que golpearlo cuando está en ascuas"; "Vino dulce cría vinagre amargo"; "La última gota es la que hace rebasar el vaso"; "Los árboles más añosos son los que mejor hundieron sus raíces", y así sucesivamente. En su sentido primario, estos son hechos triviales, pero si los repetimos es por su valor analógico. Y lo que es válido para los proverbios lo es para las fábulas, parábolas y alegorías.

*

Esta relación entre la mente y la materia no es el producto de la fantasía de un poeta sino el fruto de la voluntad de Dios, y por ende, todos los hombres están en libertad de conocerla. Se les presenta o no se les presenta. Cuando en horas afortunadas, el hombre sabio medita sobre este milagro, duda de que no haya estado sordo y ciego en todo otro momento, pues el universo se vuelve entonces transparente y es atravesado por la luz de leyes superiores a la nuestra. Es este el perenne problema que provocó el asombro c instó al estudio a todos los grandes genios, desde que comenzó el inundo; desde la era de los egipcios y los brahmines a las de Pitágoras, Platón, Bacon, Leibnitz, Swedenborg. He ahí, a la vera del camino, la Esfinge, ante la cual -en todas las épocas- cada profeta ha probado fortuna, tratando de descifrar su enigma. El espíritu parece tener la necesidad objetiva de manifestarse en formas materiales; y el día y la noche, el río y la tormenta, el mamífero y el pájaro, el ácido y el álcali, preexisten como ideas necesarias en la mente de Dios, y son lo que son en virtud de atributos precedentes en el mundo del espíritu. Un hecho es el punto final, la emanación última del espíritu. La creación visible cierra la circunferencia del mundo invisible.

*

La vicia en armonía con la naturaleza, el amor a la verdad y a la virtud, purificarán los ojos de manera que puedan comprender su texto. Poco a poco, podremos llegar a poseer el sentido primigenio de los objetos perennes de la naturaleza, de modo tal que el mundo sea para nosotros un libro abierto, y en cada forma encontremos el significado de su vida oculta y de su causa final.

*

Un nuevo interés nos pasma mientras contemplamos, desde la perspectiva que acabamos de sugerir, la sobrecogedora extensión y multitud de los objetos, ya que "todo objeto, visto correctamente, libera una nueva facultad del alma". Lo que era verdad inconsciente pasa á integrar, cuando se lo interpreta y define en un objeto, el dominio del saber: una nueva arma en el arsenal del poderío humano.

V
Disciplina

En vista de la significación de la naturaleza, llegamos de inmediato a este nuevo hecho: que ella constituye una disciplina, una manera de utilizar el mundo, en la cual están contenidas como partes, los usos precedentes.

*

El espacio, el tiempo, la sociedad, el trabajo, el clima, la alimentación y la locomoción, los animales y las fuerzas mecánicas, nos brindan diariamente las enseñanzas más genuinas, cuyo significado no tiene límites. Ellas instruyen tanto al entendimiento como a la razón. Toda propiedad de la materia es una escuela para el entendimiento: su solidez o resistencia, su inercia, su extensión, su forma, su divisibilidad. El entendimiento suma, divide, combina, mide, y en este digno escenario encuentra alimento y espacio para su accionar. Entretanto, la razón traslada todas estas lecciones a su propio mundo de ideas, percibiendo la analogía que une a materia y mente en matrimonio.

*

La naturaleza es una disciplina del entendimiento en las verdades intelectuales. Nuestro manejo de objetos materiales es una constante ejercitación en las indispensables lecciones de

la diferencia y la similitud, del orden, del ser y el parecer, de la estructuración progresiva, del ascenso de lo particular a lo general, de la combinación de múltiples fuerzas con vistas a un fin. El extremo cuidado con que se provee a la instrucción de un órgano en formación es proporcional a su importancia, y en ningún caso se omite ese cuidado.

*

¡Qué tedioso adiestramiento, día tras día, año tras año, interminablemente, para crear el sentido común; qué reproducción continua de molestias, inconvenientes, dilemas; qué algarabía de hombrecillos sobre nosotros, qué regateos de precios, qué cálculos de beneficios... todo para formar la mano de la mente, para enseñarnos que las bellas ideas no son mejores que los bellos sueños si no las ponemos en práctica! [...]

*

Los primeros pasos dados en agricultura, astronomía, zoología (esos que da el granjero, él cazador, el marino) nos enseñan que los dados de la naturaleza siempre están cargados, que entre sus montones de escombros y hojarasca se ocultan resultados ciertos y provechosos.

*

¡En qué forma apacible y afable capta la mente, una tras otra, las leyes de la física! ¡Qué nobles emociones dilatan al mortal que entra en los concilios de la creación y siente, gracias a su saber, en qué consiste el privilegio de SER! Su visión lo purifica; la belleza de la naturaleza resplandece en su propio pecho. Cuando el hombre ve esto se torna más grande, y más pequeño el universo, porque las relaciones del espacio y el tiempo se desvanecen a medida que las leyes son conocidas.

*

También en este caso nos sentimos impresionados y hasta amilanados por el inmenso Universo que hay para explorar. "Lo que conocemos es apenas un punto de lo que no conocemos". Abrase cualquier revista científica reciente, sopésense los problemas concernientes a la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo, la fisiología, la geología, y júzguese si es probable que se agote pronto el interés de la ciencia natural.

*

Cada suceso es una lección en el ejercicio de la voluntad, la lección del poder. Desde que el niño entra sucesivamente en posesión de sus sentidos hasta el momento en que exclama: "¡Yo te haré!", aprende el secreto de que puede someter a su voluntad no sólo fenómenos particulares sino grandes clases de fenómenos, mas aún, la serie entera de los sucesos, y así

acomodarlos todos a su propio carácter. La naturaleza es una mediadora cabal: está hecha para servir. Acoge el dominio que el hombre le impone, tan mansamente como el asno sobre el cual montó el Salvador. Le ofrece a él todos sus reinos, a modo de materia prima para que modele lo que pueda serle útil. El hombre nunca se cansa de trabajar ese material. Con el aire delicado y sutil, forja sabias y melodiosas palabras y les da alas, convirtiéndolas en ángeles de la persuasión y del mandato. Su pensamiento victorioso se enfrenta a todas las cosas y las reduce una tras otra, hasta que el mundo sólo se torna al fin una voluntad realizada: el doble del hombre.

*

Los objetos materiales se ajustan a las premoniciones de la razón y reflejan la conciencia moral. Todas las cosas son morales, y en sus ilimitadas mudanzas hacen incesante referencia a la naturaleza espiritual. Glorificada ha sido la naturaleza en sus formas, colores y movimientos, para que todos los planetas de los cielos más remotos, todas las transformaciones químicas desde el cristal más rudo hasta las leyes mismas de la vida, todos los cambios vegetales -desde el inicio del crecimiento de una hoja hasta las selvas tropicales y las antediluvianas minas de carbón- todas las funciones animales -desde la esponja hasta Hércules- le susurren al hombre o le griten con voz de trueno, las leyes del bien y del mal, y se hagan eco de los Diez Mandamientos. Por ello, la naturaleza es siempre aliada de la religión y presta al sentimiento religioso todo su boato y sus riquezas. De este manantial han bebido profundamente profetas y sacerdotes, David, Isaías, Jesús. Este carácter ético penetra hasta tal punto los huesos y la médula de la naturaleza que parece ser el fin para el que fue creada. Sea cual fuere la finalidad particular a que responde uno cualquiera de sus miembros o partes, esa es su nunca omitida función pública y universal.

*

Nada en la naturaleza se agota después del primer uso. Cuando alguna cosa ha cumplido al máximo su cometido, vuelve a estar enteramente nueva para un servicio ulterior. En Dios, todo fin es convertido en un nuevo medio. Así, el uso de los bienes materiales -en sí mismo considerado- es vulgar y sórdido, pero para la mente representa una instrucción en la doctrina del Uso, a saber, que una cosa sólo es buena en la medida en que sirve para algo; que es esencial a todo ser, la confluencia de partes y de esfuerzos para la producción de un fin. La manifestación primera y grosera de esta verdad es nuestro inevitable y aborrecido adiestramiento en los valores materiales y las necesidades, en la carne y el cereal.

*

Ya hemos ejemplificado de qué manera todo proceso natural es una traducción cíe una sentencia moral. La ley moral está en el centro de la naturaleza y desde allí, irradia hacia la circunferencia. Es el tuétano y meollo de toda sustancia, de toda relación, de todo proceso.

Librodot

Cada una de las cosas con las que tenemos trato nos predica. ¿Qué es una granja sino un mudo evangelio? La paja y el trigo, los yuyos y las plantas, las plagas, la lluvia, los insectos, el sol... he ahí un emblema sagrado desde el primer surco abierto en primavera hasta la última pila de leña alcanzada por la nieve invernal. Pero el marino, el pastor, el minero, el mercader, en sus diversos ámbitos, tienen todos una experiencia exactamente paralela y que lleva a la misma conclusión, pues todas las organizaciones son radicalmente iguales. Y es indudable que este sentimiento moral que así perfuma el aire, crece en el grano e impregna las aguas del mundo es captado por el hombre y penetra en su alma. La influencia moral de la naturaleza sobre un individuo es la cantidad de verdad que ella ilustra para él. ¿Quién puede evaluarla? ¿Quién puede conjeturar cuánta firmeza le ha sido enseñada al pescador, por la roca que las olas fustigan?, ¿cuánta tranquilidad ha visto reflejada el hombre en el cielo azul celeste, sobre cuya tersa hondura los vientos arrastran y arrastran bandadas de nubes tormentosas sin dejar arruga ni mancha?, ¿cuánta laboriosidad y providencias y afecto hemos tomado de los gestos de las bestias? ¡Qué sagaz predicador de autodominio es el mudable fenómeno de la salud!

*

En esto se percibe particularmente la unidad de la naturaleza -la unidad en la variedad- con la que nos encontramos por doquier. La infinita variedad de las cosas produce una impresión siempre idéntica.

*

Jenófanes, en su vejez, se lamentaba de que, mirara donde mirase, todo cuanto lo rodeaba volvía velozmente a la Unidad. Estaba ahíto de ver la misma entidad en la tediosa variedad de las formas. La fábula de Proteo esconde una verdad vital. Una hoja, una gota de agua, un cristal, un instante del tiempo, están relacionados con la totalidad y participan de su perfección. Cada partícula es un microcosmos y traduce fielmente la similitud del mundo. [...]

VI
Perspectivas

Concluiré, pues, este ensayo con algunas tradiciones sobre el hombre y la naturaleza, que cierto poeta me contó; y que como siempre han existido en el mundo y vuelven a aparecérsele quizás a todo bardo, pueden ser históricas o proféticas.

*

"Desconfiamos y renegamos interiormente de nuestra afinidad con la naturaleza. Reconocemos y desconocemos, por turno, nuestra relación con ella. Somos como un

Nabucodonosor destronado, loco, que come hierba igual que un buey. Pero, ¿quién puede poner límites al poder aplacador del espíritu?"

*

"Un hombre es un dios en ruinas. Cuando los hombres sean inocentes, la vida será más larga y pasará a la inmortalidad tan livianamente como nos despertamos de los sueños. Ahora bien, el mundo sería una rabiosa furia, si estas desorganizaciones perduraran durante centurias. La muerte y la infancia lo mantienen bajo control. La infancia es el Mesías perpetuo que los hombres en falta acogen entre sus brazos y que- ruega con ellos por el retorno al paraíso."

*

" El hombre es el enano de sí mismo. Alguna vez, el espíritu lo impregnó y lo solubilizó; colmó entonces a la naturaleza con sus desbordantes correntadas. De él surgieron el sol y la luna. Del hombre, el sol; de la mujer, la luna. Las leyes de su mente, los períodos de su actividad se exteriorizaron en el día y la noche, el año y las estaciones. Pero una vez que hubo construido este gigantesco caparazón para sí, sus aguas se retiraron; ya no llena ahora las venas ni los pequeños vasos sanguíneos; se ha resecado hasta reducirse a una gota. Nota que la estructura por él creada todavía le cuadra, pero de una manera colosal. Digamos mejor que una vez le cuadró, y que ahora le corresponde desde lejos y desde lo alto. Venera tímidamente su propia obra. Ahora, el hombre sigue al sol, la mujer a la luna. Sin embargo, a veces sale de su sopor y se maravilla de sí mismo y de su morada, y musita extrañas cosas acerca de la semejanza entre él y esta. Percibe que si su ley sigue siendo suprema, si él cuenta todavía con poder elemental, si su palabra aún es excelsa en esencia, no es un poder consciente, no está por debajo sino por encima de su voluntad. Es instinto." Así me cantó mi poeta órfico.

*

En la actualidad, el hombre aplica a la naturaleza, apenas la mitad de su fuerza. Actúa sobre el mundo únicamente con su entendimiento. Vive en él y lo domina mezquinamente; y quien más se afana en el mundo es sólo un hombre a medias, de fuertes brazos y buena digestión pero de mente embrutecida: un salvaje egoísta. Su vínculo con la naturaleza, su poder sobre ella se establecen a través del entendimiento; así ocurre con el abono de la tierra, el uso más provechoso del fuego, el viento, el agua, la brújula del marino; el vapor, el carbón y los fertilizantes; la reparación del cuerpo humano por el dentista y el cirujano. Esta forma de asumir su poder se asemeja a la de un rey exiliado que comprara sus antiguos territorios pulgada a pulgada, en vez de pegar un salto y, con una voltereta, caer sentado en su trono. Entretanto, en la oscura espesura, no faltan rayos de una luz mejor, ocasionales ejemplos de

Librodot

la acción del hombre sobre la naturaleza cuando aquel posee toda su fuerza: la razón y no sólo el entendimiento. [...]

*

El problema de reinstaurar en el mundo la belleza original y eterna es resuelto mediante la redención del alma. Las ruinas o el vacío que vemos cuando miramos la naturaleza están en nuestros propios ojos. El eje cíe la visión no coincide con el eje de las cosas, y entonces, en lugar de resultarnos transparentes nos parecen opacas. El motivo por el cual el mundo carece de unidad y yace en fragmentos y montículos dispersos, es que el hombre no está unido consigo mismo. No podrá ser un naturalista hasta que satisfaga todas las demandas del espíritu; y este demanda amor no menos que percepción. En verdad, ni el amor es perfecto sin la percepción, ni esta lo es sin aquel. En el significado último de las palabras, el pensamiento es devoción, y la devoción, pensamiento. La profundidad convoca a la profundidad. Pero en la vida real, no se celebran las nupcias. Hay hombres inocentes que veneran a Dios, siguiendo la tradición de sus antepasados, sin haber hecho extensivo su sentido del deber al uso de todas sus facultades; y hay naturalistas tesoneros que congelan con la luz invernal del entendimiento lo que examinan. ¿No es la plegaria, acaso, también un estudio cíe la verdad, un arrojarse del alma en lo infinito no encontrado aún? Nadie rezó jamás intensamente sin aprender algo. El día en que un fiel pensador, resuelto a apartar cada objeto de las relaciones personales y verlo a la luz del pensamiento, avive al mismo tiempo a la ciencia con el fuego de los sentimientos más sagrados, Dios emergerá otra vez en la creación.

*

Cuando la mente se halle preparada para ese estudio, no necesitará buscar objetos. La invariable señal de la sabiduría es ver lo milagroso en lo corriente. ¿Qué es un día? ¿Qué es un año? ¿Qué, el verano? ¿Qué, una mujer? ¿Qué, un niño? ¿Qué, el dormir? Estas cosas le parecen intrascendentes a nuestra ceguera. Construimos fábulas para ocultar la desnudez del hecho y adecuarlo, como solemos decir, a las leyes superiores de la mente; pero cuando el hecho es visto a la luz de una idea, la ornamentada fábula se desmorona y reseca, y contemplamos la verdadera ley superior. Por ello, para el sabio, un hecho es auténtica poesía y la más hermosa de las fábulas. Y estas maravillas os son traídas hasta las puertas mismas de vuestra casa.

*

Llegaremos así, a ver con nuevos ojos el mundo. Y el mundo responderá al perenne interrogante del intelecto ¿Qué es la verdad? y de los sentimientos -¿Qué es el bien?- sometiéndose pasivamente a la educada Voluntad. Sucederá entonces lo que anunció mi poeta: "La naturaleza no es estática sino fluida. El espíritu la altera, la modela, la plasma. La

inmovilidad o brutalidad de la naturaleza es ausencia de espíritu; para el espíritu puro, ella es fluida, volátil, obediente. Cada espíritu se construye una morada, y más allá de esa morada un mundo, y más allá de ese mundo un cielo. Sabed, pues, que el mundo existe para vos. Y para vos es el fenómeno perfecto. Sólo podemos ver lo que somos. Todo cuanto tuvo Adán, todo cuanto pudo César, vos lo tenéis y podéis. Adán llamó cielo y tierra a su morada; César, la llamó Roma; tal vez vos la llaméis un taller de zapatero, cincuenta hectáreas de tierras labrantías o la buhardilla de un estudioso; pero línea a línea y punto a punto vuestro dominio es tan vasto como el de aquellos, aunque no ostente finos nombres.

*

Construid, pues, vuestro propio mundo. A medida que ajustéis vuestra vida a la idea pura que tenéis en la mente, esta desplegará sus grandes proporciones. Una correspondiente revolución en las cosas acompañará al influjo del espíritu. Pronto se diluirán las desagradables apariencias, la canalla, los insectos, las víboras, las pestes, los manicomios, las prisiones, los enemigos: todo ello es pasajero y no será visto más. La sordidez y las inmundicias de la naturaleza serán secadas por el sol y barridas por los vientos. Como cuando el verano que sube desde el sur funde la nieve y entonces la tierra muestra su verde rostro, así el espíritu, en su avance, irá creando sus adornos y trayendo consigo la belleza que él envía y el canto que la hechiza; trazara en torno de sí caras hermosas, cálidos corazones, sabios argumentos y actos heroicos, hasta que el mal no se vea ya. Entrará al reinado del hombre sobre la naturaleza, que no proviene de la observación -un dominio que ahora trasciende su sueño de Dios-, sin maravillarse menos que el ciego al que poco a poco se le ha restituido la visión perfecta.

*

Librodot